

vencido. El rey y el cónsul parecían disputar-
se la gloria de la generosidad mas todavía que
476 la de las armas: Pirro entregó al cónsul todos 278
los prisioneros sin rescate, enviándole á decir
que la guerra debia hacerse con el hierro y no
con la plata; y Fabricio entregó al rey su pér-
fido médico que vino á presentársele ofrecién-
dose á envenenar á su señor.

Por aquellos tiempos la religion y la na-
cion judáicas empezaron á hacerse distinguir
entre los griegos. Este pueblo, bien tratado
por los reyes de Siria, vivia tranquilamente
bajo la égida de sus leyes. Antioco, por sobre-
nombre el Dios, nieto de Selenco, les esparció
por el Asia menor, desde donde se estendieron
por la Grecia, y gozaron en todas partes de
los mismos derechos y de la misma libertad
que los demas ciudadanos. Tolomeo, hijo de
477 Lago, les habia ya establecido en Egipto. Bajo 277
el reinado de su hijo Tolomeo Filadelfo, sus
Escrituras fueron traducidas al griego, y en-
tonces fué cuando apareció aquella célebre ver-
sion llamada la version de los Setenta. Para
hacerla, Eleazar, soberano pontífice, envió al
rey sábios ancianos que le pidió al efecto. Al-
gunos pretenden que no tradujeron mas que
los cinco libros de la ley, y que los demas li-
bros sagrados se pusieron despues en griego
para el uso de los judíos esparcidos por el Egipto
y por la Grecia, en donde no solo olvida-

ron su antigua lengua, que era la hebrea, si-
no hasta la caldea, que aprendieron en su trans-
migracion. Formáronse un griego mezclado de
hebraismos, que fué llamado dialecto helenísti-
co: en este fueron escritos los Setenta y todo el
nuevo Testamento. Durante esta dispersion de
los judíos, su templo adquirió celebridad por
toda la tierra, y todos los reyes del Oriente iban
á presentar en él sus ofrendas.

El Occidente tenia fija su atencion en la
guerra que tenian entre sí los romanos con
479 Pirro. Al fin este rey fué derrotado por el cón- 275
sul Curio, y regresó al Epiro, en donde no
permaneció largo tiempo en reposo, y quiso
indemnizarse con la Macedonia de los reveses
que sufriera en Italia. Antígono Gonatas se en-
480 cerró en Tesalónica, habiéndose visto obligado 274
á abandonar á Pirro el resto de su reino. Re-
cobró el ánimo cuando Pirro, inquieto y am-
482 bicioso, hacia la guerra á los lacedemonios y 272
á los de Argos. Los dos reyes enemigos fueron
introducidos en Argos al mismo tiempo por dos
intrigas contrarias y por dos puertas diferen-
tes. Dióse con este motivo una gran batalla
dentro de la ciudad; y una madre que vió á
su hijo perseguido por Pirro, á quien habia
herido, mató á este príncipe de una pedrada.
Desembarazado Antígono de un enemigo tan
temido, volvió á entrar en Macedonia, en don-
de, despues de algunas mudanzas, vivió tran-

quilo en el seno de su familia. La liga de los Acheos impidióle que se engrandeciera. Era el último baluarte de la libertad de la Grecia, y ella fué la que produjo sus últimos héroes con Arato y Filopœmeno.

Los tarentinos, á quienes Pirro entretenia con esperanzas, llamaron á los cartagineses despues de su muerte. Este socorro les fué inútil: fueron derrotados con los brucios y los samnitas sus aliados. Estos, despues de setenta y dos años de guerra continua sucumbieron, y sometióronse bajo la coyunda de los romanos. Tarento no tardó en seguirles: tampoco los pueblos inmediatos pudieron sostenerse; y de consiguiente todos los antiguos pueblos de la Italia fueron sojuzgados. Los galos, batidos con frecuencia, no se atrevieron á moverse.

Despues de cuatrocientos ochenta años de guerra los romanos se enseñorearon de la Italia, y empezaron á tender su vista por fuera de ella: entraron en celos contra los cartagineses, vecinos muy poderosos por las conquistas que iban haciendo en Sicilia, desde donde intentaban emprenderlas sobre ellos y sobre la Italia, aprovechándose de la ocasion de socorrer á los tarentinos.

La república de Cartago era dueña de las dos costas del mar Mediterráneo; á mas de lo de Africa, que la poseia casi toda entera, y se estendia por el lado de España por la parte del

estrecho. Señora de la mar y del comercio, habia invadido las islas de Córcega y de Cerdeña; á la Sicilia le costaba mucho trabajo defenderse; y la Italia se encontraba de muy cerca amenazada para no temer con sobrado fundamento. He aquí las causas de donde se originaron las guerras púnicas, no obstante los 490 tratados, mal observados por una parte y otra. 264 De los cartagineses aprendieron los romanos á 494 hacer la guerra por mar. A muy luego se hicieron maestros en un arte que antes absolutamente desconocian; y el cónsul Duilio, que fué el primero que dió un combate naval, le ganó. Régulo supo sostener la gloria del pabellon romano adquirida por Duilio, desembarcó en Africa, donde desde luego tuvo que empezar por combatir aquella prodigiosa serpiente contra la cual fué necesario que emplease todo su ejército. Todo cede á su valor y á su 499 pericia: reducida Cartago al último extremo, 255 debió su salvacion al socorro del lacedemonio Jantipo. El general romano fué batido y hecho prisionero, habiéndole hecho mas ilustre su prision que sus victorias: porque puesto en libertad bajo su palabra de honor para que fuese á Roma á tratar del canje de los prisioneros, sostuvo en el senado la ley por la que se quitaba toda esperanza de recobrar su libertad á los que se dejaban prender por el enemigo, con lo que, convencido el senado del provecho que

resultaba á la república de mantener en todo su vigor dicha ley, volvióse á Cartago cierto de tener que sufrir la pena de muerte. Dos espantosos naufragios obligaron á los romanos á abandonar de nuevo el imperio del mar á los cartagineses. Por largo tiempo permaneció dudosa la victoria entre los dos pueblos, y los romanos se vieron casi precisados á ceder; pero no tardaron en reparar su escuadra, y una sola batalla decidió de la suerte de las armas, habiendo el cónsul Lutacio tenido la buena suerte de acabar la guerra. Cartago se sometió á pagar un tributo, y á dejar, además de la Sicilia, todas las islas que están en el intermedio de aquella y de la Italia. Los romanos ganaron toda esta isla entera, excepto la parte que ocupaba Hieron, rey de Siracusa, su aliado. Acabada la guerra, los cartagineses estuvieron á punto de perecer por la insurrección de su ejército. Estaba este compuesto, según su costumbre, de tropas extranjeras que se rebelaban tan luego como les faltaba su paga. La cruel dominación de la república obligó á casi todas las ciudades de su imperio á que se uniesen á aquellas tropas insubordinadas; por lo que Cartago, estrechamente sitiada, hubiera caído en poder de los romanos sin Hamilcar, por sobrenombre Barca. Este solo fué quien sostuvo la última guerra; y sus conciudadanos le fueron también deudores de la victoria que con-

siguieron sobre los rebeldes; sin embargo de que perdieron la Cerdeña, cuyas puertas abrió á los romanos su rebelde guarnición. Por temor de embarazarse con ellos en una nueva contienda, Cartago cedió, bien á su pesar, una isla tan importante, y aumentó su tributo. Pensaba restablecer en España su imperio conmovido por la revolución; para lo que Hamilcar pasó á ella acompañado de su hijo Anibal, de edad de nueve años, y murió allí en una batalla. Durante nueve años que hizo en ella la guerra con tanta pericia como valor, su hijo, á la par que se iba formando al lado de un tan gran capitán, iba concibiendo un odio implacable contra los romanos. Asdrubal, aliado de Hamilcar, fué quien le sucedió en el mando: gobernó su provincia con mucha prudencia; edificó en ella la nueva Cartago, que fué la llave para tener á la España sujeta. Los romanos hallábanse ocupados en hacer la guerra á Teuta, reina de Iliria, que impunemente ejercía la piratería en toda la costa. Enriquecida con el botín que cogió á los griegos y á los epirotas, despreció á los romanos y mató á un embajador suyo. No tardó mucho en pagar caro su atentado: los romanos la dejaron solo una pequeña parte de la Iliria, y se apropiaron la isla de Corfú que aquella reina usurpara. Por entonces hicieron respetar en Grecia, á donde enviaron una solemne emi-

bajada, siendo esta la vez primera que fué allí conocido su poder. Los grandes progresos que hacia Asdrubal empezaron á causarles inquietud; pero los galos de Italia les impedían atender á los negocios de España. Ya hacia cuarenta y cinco años que permanecían en reposo; y la juventud que se habia educado durante este espacio de tiempo, olvidándose de las pérdidas pasadas, empezaba á amenazar á Roma. Los romanos, para atacar con buen éxito á tan turbulentos vecinos, aseguráronse primero de los cartagineses, á cuyo fin concluyeron un tratado con Asdrubal, quien se obligó á no pasar al otro lado del Ebro.

530 La guerra que se hicieron entre romanos y galos fué muy encarnizada por una y otra parte: los transalpinos se unieron á los cisalpinos, y ambos fueron batidos, habiendo quedado prisionero Concolitano, uno de los reyes galos, y dándose á sí mismo muerte otro rey llamado Aneroesto. Vencedores los romanos, pasaron el Pó por la vez primera resueltos á quitar á los galos las márgenes de este rio, de que estaban en posesion hacia muchos siglos: la victoria no les desamparó por do quiera que marcharon: Milan cayó en su poder, y casi todo el país quedó sometido á su dominacion.

534 Por este mismo tiempo murió Asdrubal; y Anibal, no obstante no tener mas que veinte y cinco años, le sucedió en el mando. Desde en-

91 Años
antes
de J. C.
tonces ya se previó la guerra: el nuevo gobernador emprendió sin rebozo domeñar la España, sin respeto ninguno á los tratados existentes. Roma escuchó por entonces las quejas de Sagunto, su aliada; los embajadores romanos van á Cartago; los cartagineses recuperados no estaban de humor de ceder: viéndose arrebatada la Sicilia de sus manos, la Cerdeña injustamente usurpada, y aumentado el tributo; y así fué que resentidos profundamente de estos reveses, la faccion que intentaba deshacerse de Anibal, tuvo poco poder para realizar sus intentos.

Mas este general en todo pensaba, y procuraba allanarse los caminos para llegar á sus fines. Unas embajadas secretas le habian asegurado ya de los galos de Italia, que no encontrándose en estado de emprender nada por sí mismos por falta de fuerzas, se aprovecharian de esta ocasion para mejorar su estado. En su consecuencia Anibal pasa el Ebro, los Pirineos, toda la Galia transalpina, los Alpes, y cae con la velocidad de un rayo sobre la Italia. Los galos no se descuidaron en reforzar su ejército, é hicieron el último esfuerzo para recobrar su libertad. Cuatro batallas ganadas por Anibal hicieron creer que Roma iba á caer en su poder. La Sicilia toma el partido del vencedor; Hieron, rey de Siracusa, se declara tambien contra los romanos: casi toda la Italia les

Años de Roma	92	Años antes de J. C.
	abandona, y todo anunciaba que el último re-	
539	curso de la república iba á perecer en España	215
542	con los dos Scipiones. En tal extremo, Roma	212
612	debió su salvacion á tres grandes hombres. La	212
	constancia de Fabio Máximo, quien curándose	
	poco de las hablillas del pueblo hacia la guer-	
	ra en retirada, fué un poderoso baluarte para	
	su pátria. Marceló, que hizo levantar el sitio	
540	de Nola y tomó á Siracusa, inspiró valor y	214
542	entusiasmo á sus tropas con sus acciones. Pero	212
	Roma, no obstante su admiracion por estos dos	
	hombres eminentes, creyó descubrir en el jó-	
	ven Scipion alguna cosa de mas grande. El	
	buen éxito maravilloso de sus consejos confir-	
	mó la opinion que se tenia de él de que des-	
	endencia de stirpe divina, y que conversaba con	
543	los dioses. A la edad de veinte y cuatro años	211
	emprende su marcha para España, en donde	
	acababan de perecer su padre y su tio; ataca á	
	la nueva Cartago, y como si hubiese obrado	
544	por inspiracion, apodéranse de ella sus solda-	210
	dos de rebato. Cuantos le veian quedaban cau-	
	tivados de él, y eran otras tantas voluntades	
	ganadas para el pueblo romano; los cartagine-	
	ses le abandonan la España; y á su desembar-	
	co en Africa, los reyes se le entregan; Cartago	
548	tiembla, ve sus ejércitos derrotados; Anibal,	206
551	coronado por la victoria por el espacio de diez	203
552	y seis años, en vano es llamado para que de-	202
612	fienda á su patria; Scipion da en ella la ley;	201

Años de Roma	93	Años antes de J. C.
	el sobrenombre de Africano es la recompensa	
	que obtiene; y al pueblo romano, batidos ya	
	los galos y los africanos, nada le queda que	
	temer, y combate desde entonces sin recelo.	
	Al tiempo mismo que se batallaba en la	
	primera guerra púnica, Teodoto, gobernador	
504	de la Bactriana, quitó mil poblaciones á An-	250
	tioco, apellidado el Dios, hijo de Antioco Sote-	
	ro, rey de Siria. Casi todo el Oriente siguió	
	este mismo ejemplo. Los partos se sublevaron	
	bajo el mando de Arsaces, gefe de la casa de	
	los Arsacidas, y fundador de un imperio que	
	fué estendiéndose poco á poco por toda el Asia	
	mayor.	
	Los reyes de Siria y los de Egipto, encar-	
	nizados entre sí, en nada pensaban mas que	
	en arruinarse mutuamente, bien fuese por la	
	fuerza, ó valiéndose de arterias y fraudes. Da-	
	masco y su territorio, conocido entonces bajo	
	el nombre de la Coele-Siria, ó séase la baja Si-	
	ria, y que confinaba con los dos reinos, fué	
	el motivo que dió lugar á sus guerras; pero	
	estas contiendas del Asia eran un negocio ente-	
	ramente aislado y separado de los que ocupa-	
	ban á la Europa.	
	Durante aquellos tiempos la filosofia flore-	
	cia en la Grecia: la secta de los filósofos itáli-	
	cos y la de los jónicos componianlas grandes	
	hombres, entre los que se mezclaron en verdad	
	muchos extravagantes, á quienes la Grecia no-	

velera dió tambien el dictado de filósofos. En tiempo de Ciro y de Cambises fué cuando Pitágoras formó la secta itálica en la Gran-Grecia, situada en las cercanías de Nápoles; y á poco despues fué cuando Tales y Milesio formaron la secta jónica. De éstas salieron los grandes filósofos Heráclito, Demócrito, Empedocles, Parmenides, Anaxágoras, quien poco antes de la guerra del Peloponeso publicó que el mundo habia sido fabricado por un espíritu eterno; Sócrates, quien poco despues aplicó la filosofía al estudio de las buenas costumbres, y fué por tanto el padre de la filosofía moral; Platon, discípulo suyo y gefe de la academia; Aristóteles, discípulo de Platon, preceptor de Alejandro y gefe de los peripatéticos; y en tiempo de los sucesores de Alejandro, Zenon, llamado Citio, de una ciudad de la isla de Chipre, donde habia nacido, gefe de los estóicos; y Epicuro, ateniense, gefe de los filósofos que llevaban su nombre, si filósofos se pueden llamar los que negaban abiertamente la Providencia, é ignorando todo lo que es obligacion, hacian consistir la virtud en el goce de los placeres. Puede contarse tambien entre los grandes filósofos á Hipócrates, padre de la medicina, que brilló entre los demas en aquellos felices tiempos de la Grecia. Los romanos cultivaban por el mismo tiempo una filosofía de otra especie, la cual no consistia ni en disputas ni

en discursos, sino en observar una gran frugalidad, en no codiciar riquezas, en ocuparse en trabajos rústicos y penosos, y en las fatigas de la guerra, en la que constituian su gloria, la de su patria y la del nombre romano; y lo que les hizo, en fin, enseñorearse de la Italia y de Cartago.